

completos en toda su realidad interna, actuando de acuerdo con el temperamento que les señaló su autor.

Por otra parte, en esta novela no escasean los aciertos sobresalientes. Es digno de mención el capítulo titulado «*Rendez-Vous Escarlata*» donde Juan Marín nos describe una escena de violación de una muchacha que es la figura femenina más importante de la obra. Está pintado este episodio con la crudeza que requiere la situación y con una justeza y naturalidad notables. Es difícil olvidar la animalidad ardorosa y violenta del macho, la repugnancia moral que se desprende de su actitud, el abandono final de la mujer después de la desesperada resistencia y su suicidio lento, obliterador, inconsciente en las aguas de un arroyo aledaño.

Igualmente debemos recordar la escena final, que el prologuista considera con razón un hallazgo, donde uno de los protagonistas, el aviador Astorga, en los funerales del novio de la muchacha por él violada, y en los que le tocó dirigir una escuadrilla de aeroplanos, como último homenaje de sus camaradas de armas, en un estado de delirio, se interna noche adentro, hacia el mar, en un vuelo alucinante y obsesionante, para no aparecer jamás, huyendo «como una conciencia sin reposo, sin realidad, sin término».—A. T.



#### ALGUNOS LIBROS DE SUD-AMÉRICA.

De muy poco sirve que estos países de Río Grande para acá, a excepción del Brasil, hablen el mismo idioma, pues en cada uno de ellos sus escritores viven en verdaderas islas, salvo los que logran cruzar las altas fronteras con algún libro resonante, como «*Don Segundo Sombra*», «*La Vorágine*», «*Doña Bárbara*» o «*Los de Abajo*». Raza y lengua los unen, comunes son sus destinos, comunes sus problemas, las mismas sus inquietudes y

riesgos, y, no obstante, no logran intercambiar realmente las producciones del espíritu, para trabar un conocimiento más profundo. Provincias de un estado que podría llamarse Iberia, tendrían su centro natural en España, la vieja y gloriosa nación progenitora, pero si durante una mejor situación monetaria, y sin tener competidoras a este lado del Atlántico, las casas editoras de la península publicaban muy pocos libros americanos, ahora, con la peseta alta y muchas monedas de por acá en el suelo, sería ilusorio esperar que Madrid hiciera de capital en lo que a difusión del libro hispanoamericano se refiere.

Para predicar con el ejemplo, quiero yo decir algo sobre algunos que he recibido últimamente, y añadido al lado de cada autor su dirección postal, por si hay quienes deseen enviarles sus libros.

*12 Novelas de la Selva*, por Fernando Romero (Cervantes 147, Apartado 1161, Lima, Perú).—Ya algo se ha escrito entre nosotros sobre este primer libro de un escritor que, más que de su país, es una promesa de América. Los lectores de *Atenea* recordarán su novela corta «El nido extraño», publicada en el número de septiembre último, en la que podrán ver que estamos en presencia de un destacado novelista futuro. Romero es oficial de marina (está por ascender a capitán de corbeta, si no ha ascendido ya al publicarse estas líneas) y los deberes de la profesión lo llevaron al fondo de la selva del nororiente apenas había contraído matrimonio, de modo que su luna de miel la pasó entre indios y alimañas, y en un ambiente propicio a las fiebres palúdicas. He aquí lo que expresa de la región en el prólogo de su libro: «La tierra siempre es húmeda. Los pies del caminante resbalan en ella. O se hunden atraídos por el cieno. Allí se confunde lo que produce el subsuelo, lo que cae de los árboles y lo que viene del cielo. Es un gran pudridero. Un osario y una cuna. De ella suben vapores deletéreos, las fiebres malignas que agostan, un vaho húmedo que inunda de líquido los pulmones y que

abrasa, asfixia. Sobre la greda que apenas sabe de aire y de luz, rinden su tributo a la vida y a la muerte los animales, los árboles y los hombres. Entre ella está pudriéndose la selva misma: hojas secas, detritus y cadáveres animales, troncos, flores, semillas». Y en otra parte: «La víbora brota aleve, las hojas emanan efluvios nocivos, los troncos albergan insectos dañinos, el agua guarda gérmenes enfermizos, el fruto nos entrega veneno, los animales nos atacan. Nosotros mismos nos angustiamos. La imaginación angustiada hace que nuestros ojos vean seres sobrenaturales que nos hostilizan y nos burlan». Detenido en la comarca por un tiempo relativamente largo, la recorrió Romero en todas direcciones, navegando por sus ríos anchos y profundos.

Pudo penetrarse bien así de psicologías y de costumbres, y estas 12 novelitas de su libro son algo de lo que sus sentidos acuciosos recogieran y que en el fondo de su subconciencia madurara. En su deseo de darnos una más acabada sensación de realismo introduce gran cantidad de vocablos regionales, de origen quichua, y una serie de notas al pie de cada novelita nos los traducen, pero esto suele estorbar más bien al relato; error de que este escritor habrá de corregirse, si no olvida que no escribe para el Perú solamente. Por lo demás, este reparo no tiene una mayor importancia. Lo esencial es que algunas de estas novelitas, como «El ponguete», «Yaimanco», «Leproso», «El abrazo», van más allá de lo que se escribe habitualmente y logran encender nuestra emoción con legítimos recursos. De «El ponguete» nos decía no hace mucho Pedro Prado que era digno de la mejor selección de cuentos americanos.

SARMIENTO DE GAMBOA, *Un navegante del siglo XVI*, por Ernesto Morales. (Durante el verano: Vicente López, F. C. A., prov. Buenos Aires, Argentina. Resto del año: Cangallo N.º 1920, 4.º piso, Buenos Aires). Es éste uno de los escritores más conocidos de allende los Andes: ha publicado versos y cuentos, y co-

laborado en revistas de gran difusión. En este libro nos relata la vida, rica en episodios dramáticos, de aquel Pedro Sarmiento de Gamboa que fué el primero en cruzar el Estrecho de Magallanes de oeste a este, y que descubrió para su rey importantes islas en el Pacífico. Ernesto Morales aborda la historia conforme a la receta que nos da don Francisco A. Encina en su último libro: con afán de artista más que de simple interpretador de viejos manuscritos. Hay en su prosa vivacidad y gracia, y logra ser en parte ameno, más allá patético, siempre interesante. La vida de este héroe español, cuya gloria no está a la altura de sus hechos, porque merece ser de los más conocidos, vale por la mejor novela. Leer las incidencias de su vagar por mares y países, sus luchas con la Inquisición, que lo cogía en sus garras, pero se veía obligada a soltarlo; sus efímeros triunfos, sus desgracias, sus miserias, es placer y enseñanza. Y todo lo que Ernesto Morales nos refiere está apuntalado en una documentación legítima: porque su imaginación tiene aquí un papel animador y no creador: estiliza, no inventa.

*Pasión*, por Montiel Ballesteros (Las Piedras, Uruguay). El amor que Morano acaricia, y no logra ocultar completamente, por Carmen, su cuñada más joven, es leña agregada a la pira en que su esposa se consume; pero si la pasión culpable lo bajó hasta la ignominia de que en un minuto deseara la muerte de su compañera, una vez que ella ha emprendido el viaje sin regreso, el remordimiento lo conturba y lo maniatado, y nada hace por acercarse a aquélla por la cual floreció su ilusión en muchos días, y este sacrificio llega a lo heroico, porque su cariño había encontrado correspondencia en el corazón de Carmen. Los años corren. Los niños crecen. La viudez de Morano se prolonga. Cada uno de sus hijos toma un camino diverso: uno es artista, otro un revolucionario, el tercero opta por una vida de placeres. La única hija es un poco vana, una niña a la moderna. Y ocurre que Eliseo, el que más se le parece en lo físico, un mozo gallardo y robusto, se enamora de aquella tía que ha permanecido soltera, y

la pasión que en nada se detiene los envuelve en sus mallas. Sucumbe la enardecida Carmen con la ilusión de que es el padre quien la vence. Y al final, para evitar el escándalo, porque el amor dió su fruto, es Morano quien se sacrifica por el honor de la familia, y se casa con la que debió ser suya a su debido tiempo. Tal es, en resumen, esta novela en que la pasión va por delante de los acontecimientos; ella nos da un retazo animado de la vida burguesa en Montevideo, con personajes que logran diferenciarse y con escenas de un medido realismo. Es este un novelista aficionado al detalle menudo y que entra sin reparo en las digresiones; pero si el interés suele decaer no nos sume en el hastío, porque su prosa de períodos cortos nos sostiene con sus volteretas ágiles. Montiel Ballesteros publicó su primer libro (versos) en 1916, y con esta novela llega al 13.º volumen: es, pues, un escritor que ama su arte, con fe en sí mismo. La literatura uruguaya tiene en él un firme baluarte.

*Balseros del Titicaca*, por Emilio Romero (Biblioteca de la Universidad de San Marcos, Lima, Perú). Los indios que añoran una legendaria grandeza y gimen ante un presente tenebroso, en la orilla peruana del gran lago, son los personajes principales en estos cuentos, que nos dan razón de un escritor no siempre original, pero con cualidades que le abren un luminoso camino. «Un sencillo relato de la sierra» es su principal acierto. Una figura de indígena surge, misteriosa y taciturna, deja en nuestro ánimo la indeleble impresión de una vieja raza. Hombres humildes, que padecen y mueren en los aledaños del Titicaca, con sus supersticiones y sus desesperanzas; lampos de una región en donde alumbró hace más de cuatrocientos años el sol glorioso de los Incas; aporte de cierta valía a esta literatura peruana, en la que Luis Alberto Sánchez es al mismo tiempo profeta y apóstol. Sin el pesimismo de Vallejo, el autor del «Tungsteno», ni su pasión política, Emilio Romero, con sus cuadros sobrios, arrancados, sin duda, a la realidad inmediata, entra con paso más seguro en nuestro convencimiento.

*Novenario Cuyano*, por Juan Draghi Lucero (calle Paso de los Andes N.º 152, Mendoza, Argentina).—«Nosotros, los hijos de la región de Cuyo—nos decía una noche Ricardo Tudela, en una de sus frecuentes, y tan gratas, asomadas por estos trigos,—nosotros los hijos de Cuyo estamos, por nuestra psicología, por nuestros hábitos, más cerca de Chile que de la provincia de Buenos Aires». Este libro en que Draghi Lucero usa el viejo romance castellano, exornado y rejuvenecido por García Lorca, nos llega como una prueba rotunda de su acerto. Los versos del poeta cuyano son flores recogidas en el folklore regional especialmente, y en nada habría que modificarlos si les trajera a Chile: parecen nuestros, nos dicen del fervor de nuestros campos. Cito al azar:

La chingana está en su fiesta  
con espuelas y guitarras...  
cuchillos desenvainados  
entre vida y muerte se hablan.

Danza fina, pecadora,  
que es de Lima y de Santiago.  
Ay, como tiemblan los pechos  
de los huasos y los gauchos.

Y estos del comienzo:

¡Mocito que luces pingo  
a galope atravesado;  
levanto mi voz te digo  
que ya es chocar de entonado!  
A la chingana lucida  
de gusto llegas sonseando...  
¡Las palomas que se ofrecen  
con celos cuida esta mano



*Cumbrera del Mundo*, por Pedro Barrantes Castro («Revista de Economía y Finanzas», Lima, Perú).—«Relato cholo» se subtitula esta novela, en que se nos da una visión—hombres, costumbres, paisajes,—de la región peruana de Cajamarca. La abonan unas galanas, cuanto hermosas «Palabras prologales» debidas a la prestigiosa pluma de Clemente Palma, quien nos abre la puerta con estas acicateadoras frases:

«Cumbrera del mundo» es una joya de naturalismo, sin las crudezas con pujos científicos y biológicos del ya desmonetizado naturalismo del pasado siglo; es, más propiamente dicho, una pieza literaria de fuerte realismo, que resiste triunfante todos los anatemas de los innovadores modernistas».

En buenas cuentas, este libro, como los de Fernando y de Emilio Romero, pertenece a la serie criollista peruana. Siendo así, no nos extrañemos que en los tres abunden los términos de uso popular, que son ligeras variantes del primitivo idioma indígena o del castellano viejo. Barrantes Castro se diferencia de los otros en su afán por el detalle descriptivo de costumbres y del paisaje: ni la yerba más menuda se le escapa. Viene a ser un Mariano Latorre del comienzo, no depurado todavía. No es adecuado su libro para el que busca un simple entretenimiento, pero sí para quien desee conocer más de cerca la vida serrana en el Perú y compararla con la nuestra. Para el peruano ha de ser su lectura más comprensiva y jugosa: se justifican, por tanto, las palabras entusiastas que Clemente Palma le dedica. No es aquí el caso de discutir sobre el valor real del criollismo y sobre sus exageraciones.

*La sombra del mal hombre*, por Julio Vignola Mansilla (Guise 1935, Buenos Aires, Arg.).—He aquí un encendido y tenaz criollista argentino: cuatro son con esta las colecciones de cuentos agro-folklóricos que lleva publicados este año. Los otros tres se titulan «Los Demonios de Calfucurá», «La Noche de Robar» y «Fantasmas del Agua». Antes había publicado cuatro colec-

ciones de versos, y a este respecto conviene reproducir lo que dice César Tiempo al comenzar el prólogo de «La Sombra del mal hombre»: «Es realmente curioso el desplazamiento de Julio Vignola Mansilla. Después de haberse revelado como poeta, en cuatro libros de versos soliviados por una tensa inquietud metafísica, regada por cierta tropología oriental, cuyos arquetipos plásticos podrían ser los Vichnús indostánicos; poeta a quien eran familiares las teurgias de los dioses rípidos y agoniastas de las teogonías, nos sorprende levantando su hogar, como el hornero el suyo, en la carne áspera del árbol campesino». En los cuentos de Vignola Mansilla las descripciones de ambiente y personajes son muy someras; abundan, en cambio, los diálogos, y en ellos muestra la naturalidad, seguramente la veracidad de los que exhibe entre nosotros Luis Durand.

El resto de la prosa de este escritor no desmerece de la livianura y donaire de los diálogos, lo que tiene por inmediata consecuencia que la lectura de sus libros resulte comúnmente una fiesta, rara vez un sacrificio. Las supersticiones, las leyendas populares le suministran un buen número de temas; el campo argentino está siempre presente, pero no con esa desolación, esa tristeza que se transparenta en la música gaucha, sino con la vibración y donosura de los valles nuestros. Se le podría hacer el mismo reproche que a los criollistas peruanos mencionados más arriba: el excesivo uso de términos regionales, que vienen a constituir piedras de tropiezo para el lector no argentino. Ya Justo P. Saenz (hijo) en la carta que sirve de prefacio a «Los Demonios de Calfucurá» le hace una parecida advertencia: «Leyendo Los Demonios de Calfucurá», uno advierte los familiares que parecen ser para usted los diversos ambientes argentinos en que actúan sus personajes y sorprende el gran número de vocablos vernáculos empleados. Sobre esto último me gustaría llamarle amistosamente la atención y decirle—aunque carezco de autoridad para criticar su trabajo—que esa terminología local o indígena cuando profusamente utilizada, puede lle-



gar a estropear la belleza de un cuento, exactamente igual que los diálogos muy sostenidos y escritos en pronunciación figurada».

Ha podido verse que solamente en una de las obras de imaginación aquí mencionadas, entra la ciudad como escenario. La fuga de los escritores hacia la campiña no es, pues, exclusiva característica chilena. Los novelistas de Indo-América se ven especialmente proyectados contra una realidad objetiva, sin que los paisajes interiores, los misterios del subconsciente, parezcan atraerlos gran cosa. En la ciudad habría que repetir costumbres que se parecen a las europeas, o más bien que son copia vil de ellas; y para dar una nota original, no quedaría más que entrar en las almas. Afuera, en cambio, están el paisaje y las costumbres pintorescas, lo que basta para rellenar muchos libros. Y entre tantos, surge a lo lejos alguno capaz de fijar las miradas aburridas del Viejo Mundo. Así, lentamente, la América Española está mostrando su estampa y su psicología.—JANUARIO ESPINOSA.